

*Sentí como si una mano invisible me hubiera hundido la cabeza en el agua. (...) Leía y releía y la idea tomaba forma lentamente en mi mente aturdida. Cuando al fin logré asociar la palabra «féretro» al nombre de mi padre, me heló el horror hasta el punto de que perdí el control de la respiración. El aire no me entraba. Me esforzaba, pujaba, pero era inútil: respiraba en el vacío, con la boca bien abierta, como un pez fuera del agua. Me ahogaba sin entender qué me pasaba, sintiendo que el corazón se me había parado y que me iba a morir. Durante todo el tiempo de mi agonía, pensaba: «No es él. Es otra persona. Se equivocaron». Me agarraba al borde de la mesa, sudando frío, asistiendo al espanto doble de su muerte y de la mía.*

¡Eres el grupo 3! Cuando finalices la lectura reclama las pegatinas de *Hilos de la esperanza*, ¡te servirán después!